

A portrait of a woman with dark hair, looking slightly to the right, set against a textured, golden-brown background. The portrait is partially obscured by a semi-transparent text box.

JOSEFINA

La mujer en la lucha por la tierra

Elizabeth Lino Cornejo
(Estudio y selección)



En mayo de 1960 la comunidad de Rancas toma posesión de sus tierras usurpadas por la empresa norteamericana Cerro de Pasco Corporation. Entonces, los pobladores son reprimidos brutalmente por las fuerzas policiales con el amparo manifiesto del Estado Peruano. Este hecho desencadenó una ola incontenible de ocupación de tierras por distintas comunidades en Pasco. En este contexto, la historia de Josefina Oscátegui Córdova nos acerca a la memoria de las mujeres que participaron en estos sucesos, cuyos protagonismos resultan necesarios para comprender procesos históricos complejos como la lucha por la tierra en el Perú.

**JOSEFINA,
la mujer en la lucha por la tierra**

ELIZABETH LINO CORNEJO
(Estudio y selección)

JOSEFINA,
la mujer en la lucha por la tierra



*Colectivo
Memoria Crítica*



JOSEFINA, la mujer en la lucha por la tierra.

© Noemí Elizabeth Lino Cornejo
elizabethlino@gmail.com

© Familia Gora Oscátegui

© ONG 'D Comuna Koripampa
komunakoripampa@hotmail.com
comunakoripampa1@hotmail.com
Teléfono: (51) (1) 995998400

© Grupo Pakarina S.A.C.

F-12, Asociación Juan Pablo II, 3era Etapa. Lima 31

Teléfono: (51) (1)5220554 / (51) (1) 999427705

E-mail: pakarinaediciones@gmail.com

<http://pakarinaediciones.blogspot.com/>

www.pakarinaediciones.com

Dirección y cuidado de edición : Dante Gonzalez Rosales
Diseño de portada :
y composición de interiores : Judith León Morales
Corrección de texto : Daniel Gonzales Rosales
Fotografías portada e interior : Archivo familia Gora Oscátegui
Foto portada : Josefina Oscátegui Córdova. Huariaca, 10 setiembre de 1960

La publicación de este libro es impulsada por la familia Gora Oscátegui (hijos e hijas de Gabriel y Josefina) como un primer paso por instituir el premio "Josefina Oscátegui". Premio que tiene como objetivo la puesta en valor de las expresiones andinas locales y regionales, buscando contribuir a convivencias comunitarias solidarias; así como impulsar procesos creativos en diversos formatos.

Primera Edición: 2014

Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2014-09377
ISBN: 978-612-46607-3-3

Esta publicación puede reproducirse total o parcialmente para usos educativos y sin fines de lucro, siempre que se incluya de forma clara y visible el reconocimiento a la fuente.

IMPRESO EN EL PERÚ / PRINTED IN PERU

El tema de la dignidad, por ejemplo, es tan central para la opresión andina, ya que con una sola palabra se evoca oprimido u opresión y explotar, que en aymara es una sola palabra: “empequeñecer”. Y ese es el tema de la dignidad humana, es decir, todo aquello que te rebaja la dignidad (sea un mal salario o un mal trato) te empequeñece como persona. Es un concepto poderosísimo, y disminuye tu potencial como ser humano. Es por esto que la gente se levanta. La gente no se levanta a causa de las fuerzas productivas, se levantan porque les pisaron el poncho o les escupieron al recibir la limosna. Igual en quechua tiene que ver con la palabra “pisotear” en relación con el que te oprime. Hay que poner el cuerpo, no hay otra.¹

Silvia Rivera Cusicanqui

¹ Arteaga C. & Muñoz G. (abril, 2014). *La disponibilidad de lo inédito: entrevista a Silvia Rivera Cusicanqui*. Recuperado de: <http://anarquiacoronada.blogspot.com.ar/2014/04/la-disponibilidad-de-lo-inedito.html>.

CONTENIDO

11	Presentación
13	Introducción
25	Josefina Oscártegui Córdova
25	Mi papá se murió sacando huaca
26	Mi deseo era ser profesora
26	Por el talón me entró la bala
28	Mi esposo Gabriel
29	En el hospital americano
33	Mi hija nació sanita
35	Yo pensaba que iba a sanar
35	Mis hijos son buenos
36	Mi matrimonio fue con un padre descalzo
39	Los gringos
39	La herranza
40	Canto a la vaca
41	Sueño con mis puquios
45	Así nomás es mi cuento

PRESENTACIÓN

Cuántas cosas tenemos que agradecerles a nuestros taitas mayores que caminaron primero por los cerros, lucharon por la tierra y hasta murieron por nosotros. Este libro nos trae a la memoria la historia de vida de Josefina Oscátegui Córdova y con ella lo que hicieron nuestras abuelas y abuelos para que podamos seguir cosechando la wayta teñida de hilos de sangre que aún moran en los surcos de la tierra.

La vida de Josefina Oscátegui es la historia de nuestras mujeres valientes, anónimas muchas veces. Sin esas luchas hoy seguiríamos siendo explotados y humillados. Los tiempos de Josefina eran tiempos del abuso

de los patrones cuando les quitaban sus mejores animales; no había reconocimiento del trabajo de la tierra y casi nunca les pagaban. La historia de Josefina y su esposo Gabriel corresponden a la de muchas familias campesinas de nuestro Ande que lucharon masivamente por la tierra y por el agua que es vida. Campesinos y campesinas que querían para sus hijos una vida más digna.

La empresa Cerro de Pasco Corporation fue la que con policías del gobierno llenó de cercos de púas las tierras, y con saña, puso trampas y rompepatas para dejar sin pastar a las ovejas. Sin que lágrima alguna les asomara por los hombres y mujeres sin comida,

y por las ovejas heridas y muertas de hambre de la comunidad. Pero esto no ocurría solo en Rancas.

Mis ojotas han pisado los huecos que los depredadores cavaron, he visto los ríos turbios y los puquiales cobrizos que recorren sus tierras. Cincuenta y cuatro años han pasado. Y hay un pueblo que no olvida. La historia de Josefina lo cuenta y lo dice todo, ahí está el corazón, la fuerza y la pujanza de pueblos que nunca se dieron por vencidos. Y mujeres que como Josefina y otras, continúan el ejemplo de Micaela Bastidas, nuestra hermana mayor. ¡Gracias por recuperar la historia de nuestros pueblos y sus mujeres valientes. Gracias Josefina Oscátegui por habernos dado ejemplo!

Hilaria Supa Huamán
Parlamentaria Andina



INTRODUCCIÓN

Avivar la memoria

Este libro nace con la intención de avivar la memoria sobre la historia de los movimientos campesinos en el centro del Perú, y particularmente sobre la participación de las mujeres pasqueñas en uno de los hechos históricos más importantes del último siglo: la recuperación de tierras por parte de las comunidades campesinas y la supresión del sistema de haciendas. Avivar la memoria como se aviva el fuego para que no se apague, recordar cada eslabón en la lucha por la conquista de los derechos y la defensa de la dignidad, más allá de las decisiones o situaciones que se vivan en el presente. Es también una invitación a nombrar a todas aquellas mujeres que son parte de las historias de resistencia en

el Perú. Nombrarlas, traerlas al presente para conocer a través de sus historias personales la lucha de sus pueblos así como su entorno social, político y cultural. Avivar la memoria de las que murieron en batalla, de las que a pesar de la mutilación de sus cuerpos o la ausencia de sus familias siguieron adelante, de las que aún caminan recordándonos con su vida que hay una historia que nos pertenece y que tiene que ser documentada.

En el Perú las élites han soterrado tendenciosamente las historias de resistencia y reivindicación de las poblaciones indígenas y campesinas. Sus luchas y sus gestas han sido relegadas a ser vistas como asonadas temerarias de seres a quienes se les atribuye una mentalidad primitiva, por demás desprecia-

bles y carentes de ideología. Se argumenta a través de esta mirada que su accionar es producto de la manipulación de su innata inocencia e ignorancia. La presunta valoración de estas poblaciones está tejida bajo evocaciones bucólicas, y el entendimiento de sus racionalidades se limita a ser calificado como “mágico-religioso”. Supuesta categoría que ha colonizado imaginarios interpretativos y ha terminado por convertirse en la forma más simplista de explicar las particularidades de las culturas que han sido subalternizadas.

Cuando estas poblaciones, que no pertenecen a dichas élites, se organizan para defender su dignidad y sus territorios se convierten en un “problema” que no admite tolerancia. No importa cuántos procedimientos legales sigan al pie de la letra, siempre tendrán que buscar otras formas para lograr ser escuchados. Ante ello –históricamente y en el caso peruano– el Estado ha recurrido a las fuerzas policiales y militares para reprimir los reclamos legítimos de los pueblos. Ha encarcelado y perseguido a sus dirigentes,

asesinado y lesionado de por vida a los pobladores y pobladoras en resistencia.

La oficialidad, desde las esferas en las que ha ido construyendo los discursos de nación y peruanidad, ha dejado con astucia que el silencio dé paso al “mito”; negándole a dichas poblaciones y a sus luchas el derecho de formar parte de una “memoria nacional”. Aparecen así los mitos de la barbarie, de la espontaneidad, de la desorganización, del pensamiento primitivo; y sobre todo, el mito de la ausencia de voluntad y conciencia política. Más tarde esos mitos también se vuelven “oficiales” cuando se esparcen a diestra y siniestra convirtiéndose en armas racistas y segregadoras. El resultado es una historia hecha a la medida de las élites, empeñada en esencializar al sujeto y deslegitimar a los movimientos indígenas y campesinos de todas las épocas.

La “historia oficial” –aquella que ha surgido desde los espacios de poder– omite el registro y minimiza la importancia de revoluciones campesinas e indígenas que han



cambiado radicalmente la historia del país. Por ejemplo, la recuperación de tierras de la posesión de las haciendas, por parte de las comunidades campesinas de Pasco ente los años 1958 y 1962. Sucesos que se convierten en piezas fundamentales para entender procesos históricos complejos como la lucha por la tierra en el Perú y el accionar de los latifundistas.

Para entender el Perú de ahora hace falta recorrer todos los caminos de la historia de la violencia, a los cuales podemos acercarnos desde investigaciones multidisciplinarias que enriquezcan las posibilidades de documentación. Uno de esos acercamientos es el testimonio, el cual –más allá del desdén del que pueda ser objeto por parte de modas académicas recientes– puede aproximarnos a través de historias y miradas particulares a nombres, lugares y situaciones. El testimonio, con la singularidad de la emoción y la subjetividad, tiene la capacidad de acercarnos al individuo y sus razones particulares en la lucha, así como a la organización y estrategia política del colectivo. Para que la lu-

cha por la dignidad no quede relegada desde el discurso de las esferas oficialistas a la de unos “pobres” campesinos que supuestamente reaccionan por hambre y por rabia.

Rancas

La comunidad campesina San Antonio de Rancas es la capital del Distrito de Simón Bolívar, uno de los trece distritos de la Provincia de Pasco. Se encuentra a una altitud de 4200 m.s.n.m. en los Andes Centrales del Perú. Su dinámica económica está ligada en gran medida a las actividades de la ciudad minera de Cerro de Pasco, capital de la provincia, la que se encuentra aproximadamente a ocho kilómetros de distancia. Además del trabajo minero y urbano, su economía también gira en torno a la actividad ganadera, principalmente de ovinos. De esta forma Rancas, si bien no es un centro urbano, se presenta como un espacio en la frontera entre lo medianamente urbano y lo rural. No debemos olvidar a las estancias, en las cuales las familias suelen



tener el ganado familiar; estas son las zonas más rurales del territorio comunal.

Actualmente cuenta con más de 600 familias comuneras, y se desenvuelve en una activa dinámica social, política y económica. Su organización política interna delega sus funciones cada dos años a una Junta Comunal que es elegida por los comuneros en votación. La tierra es de propiedad comunal y de usufructo familiar.

Como otras comunidades históricas de la región, San Antonio de Rancas se remonta a la época de las reducciones a fines del siglo XVI, cuando los ayllus de la zona fueron agrupados en “pueblos de indios”, sin perder por completo sus patrones anteriores de organización social y sus vínculos con el territorio. El pueblo de indios de Rancas, con sus terrenos del común y sus estancias familiares, tuvo que competir a lo largo de siglos con la presencia de haciendas de propiedad de grandes y medianos ganaderos y mineros, los cuales utilizaban el control del territorio también como una manera de acceder

a la mano de obra. El 27 de agosto de 1926, aprovechando el nuevo procedimiento legal permitido por el gobierno de Leguía, tras un siglo de vacío jurídico sobre el tema comunal en el Perú republicano, Rancas obtuvo su reconocimiento oficial como comunidad indígena; categoría legal que en 1969 cambiaría de nombre a comunidad campesina en toda la sierra y costa del país. Empero, el reconocimiento legal de la comunidad en 1926, no significó aún la recuperación de las tierras que seguían en manos de las haciendas circundantes².

Cercos y rompepatas

Ya desde muchos años atrás diferentes comunidades de Pasco se venían movilizandop por la recuperación de sus tierras. Debemos recordar que en esta zona las haciendas tenían dos figuras: un poder capitalista –como

² Agradezco la colaboración del antropólogo e historiador Federico Helfgott Seir para la elaboración del breve recuento histórico que aparece en este apartado.



es el caso de la Cerro de Pasco Copper Corporation, Lercari Hermanos y la Algolán S.A. de Eulogio Fernandini- y por otro lado, el poder de un gamonalismo más tradicional, en lugares como la Quebrada de Chaupiwara.

Las comunidades de Yanacancha, Rancas, Huayllay, Ninacaca, Ticlacayán, Huariaca, Pallanchaca, Villa de Pasco, Huarautambo, Chinche, Paucar y otras de la zona, habían pasado largos años en la vía legal sin ninguna respuesta. Finalmente, cansados del abuso y el atropello, deciden tomar posesión de los terrenos que reclamaban como suyos. El año 1959 la comunidad de Yanacancha hace un primer intento por recuperar sus terrenos que la hacienda Carmen Chico -de propiedad de la Cerro de Pasco Corporation- venía usurpando con la estrategia de extender cercos para imposibilitar el paso del ganado y los pobladores. Este intento de recuperación resultó fallido. Unos meses después, en mayo de 1960, la comunidad de Rancas sigue su ejemplo, y en este contexto se produce el enfrentamiento de Huayllacancha. Los motivos de los ranqueños eran similares a los de otras

comunidades cercanas. Sumado a los constantes actos de humillación y desprecio hacia la población, la Cerro de Pasco Corporation no cesaba de extender el alambrado sobre los pastizales y multiplicar los rompepatas³, perjudicando en gran medida la supervivencia del ganado *waqchilla*⁴ de los comuneros. De esta manera se atribuía el derecho de aprovechamiento de los pastos únicamente para su ganado de tipo mejorado.

En ese momento las vías legales de denuncia ante el poder judicial solo habían arrojado resultados infructuosos. Es cuando deciden tomar otra vía: la acción directa. De esta forma se planea la ocupación estratégica de los terrenos que estaban siendo utilizados

3 Los “rompepatas” eran estructuras de fierro a manera de parrillas que eran colocadas en la carretera y en la vía férrea, los que tenían el objetivo no solo de obstaculizar el paso del ganado sino de inutilizarlos, ya que los animales terminaban con las patas rotas.

4 Ganado no tecnificado de los pobladores, el que pasaba en los pastos ocupados por la hacienda a cambio de la retribución en trabajo por parte del pastor.



por la Hacienda Paria, también de propiedad de la Cerro de Pasco Corporation.

Este hecho desencadenaría una ola incontenible de ocupación de tierras por parte de distintas comunidades afectadas a lo largo de los años por las haciendas colindantes a sus terrenos y pastizales. El politólogo Howard Handelman anota al respecto: “con esta acción Rancas se convirtió en la primera comunidad serrana de la historia peruana reciente que recuperó por la fuerza tierras de una gran hacienda” (Handelman 1975, 62)⁵.

La comunidad cobró entonces gran protagonismo; unos pocos hombres, mujeres y niños habían puesto en jaque a la empresa hacendada y minera más poderosa del país, la Cerro de Pasco Copper Corporation. El personero legal de la comunidad en ese momento, Gabriel Gora Ayala, señalaría años después, que el número de comuneros ranqueños presentes en el enfrentamiento no pasaba de

5 HANDELMAN, Howard. 1975. *Struggle in the andes: Peasant Political Mobilization in Peru*. Austin: University of Texas, Institute of Latin American Studies.

noventa (Rivera Atencio 2002, 17)⁶. Por otro lado, una canción testimonial, de la cual da cuenta el comunero Felipe Atencio Tufino, anota: “doscientos hombres uniformados, y bien armados hasta los dientes, a mi chocita lo han quemado, y a mis hermanos lo han matado”⁷.

El Estado peruano respondió a este hecho con la represión brutal de las fuerzas policiales a favor de la Cerro de Pasco Corporation, con el resultado de tres muertos y una decena de heridos. Más adelante no cesó la persecución y posterior encarcelamiento de los dirigentes del movimiento campesino y a sus aliados políticos.

6 RIVERA ATENCIO, Hermenegildo. 2002. *Reseña histórica de la comunidad campesina de Rancas*. Rancas: Fondo Editorial de la Municipalidad de Simón Bolívar.

7 Canción “Masacre de Huayllacancha”. En el testimonio del comunero Felipe Atencio Tufino. Recopilación de Elizabeth Lino Cornejo.



Josefina Oscátegui Córdova

A las muertes de Alfonso Rivera Rojas, Teófilo Huamán Travesaño y Silveria Tufino Herrera el 2 de mayo de 1960 en Huayllacancha, debemos sumar a cada uno de los y las protagonistas que sufrieron en vida las consecuencias de la batalla. A los heridos que afrontaron la vida con las secuelas en sus propios cuerpos, y a los hijos de los victimados quienes fueron arrojados a la orfandad ese violento día.

Como se anotó líneas arriba, el objetivo de esta publicación es avivar la memoria sobre la participación de las mujeres que tomaron parte en este y otros sucesos similares en el departamento de Pasco y en el Perú. Lo hacemos esta vez a partir de la memoria de Doña Josefina Oscátegui Córdova, comunera ranqueña quien hasta el día de su muerte sufrió las consecuencias físicas y emocionales de la represión armada a favor de la entonces empresa minera y hacendada Cerro de Pasco Corporation. No sólo por la lesión física de la que fue víctima, sino por la persecución

y hostigamiento que vivió su esposo Gabriel Gora Ayala, personero legal de la comunidad en 1960.

El día del enfrentamiento Doña Josefina había construido chozas y tomado el espacio en Huayllacancha y Vinchuscancha conjuntamente con los demás comuneros y comuneras. En aquel entonces se encontraba con varios meses de embarazo, pero ni su condición de mujer gestante impidió que fuera brutalmente maltratada. Una bala atravesó el talón de su pie izquierdo dejándola en la invalidez hasta el último momento de su vida.

La historia que continúa a la arremetida en Huayllacancha se prolonga en los tratos humillantes recibidos en el entonces Hospital Americano de propiedad de la Cerro de Pasco Corporation, donde los médicos no supieron darle una atención humana, más por el contrario, la sometieron a un maltrato sistemático. Años más tarde le amputarían la pierna debido al estado de gravedad que esta presentaba.



Sobrellevando esa discapacidad, Josefina vivió como orgullosa combatiente por haber sido parte de un suceso histórico en el que el protagonismo de cada hombre, mujer y niño significó el comienzo del cambio; no solo para su comunidad sino para la historia del campesinado peruano. Recordemos que en 1974 el General Francisco Morales Bermúdez eligió la comunidad de Rancas para anunciar que la reforma agraria era “un hecho irreversible”. Doña Josefina falleció a la edad de 85 años en enero de 2014 en la ciudad de Lima, donde radicaba ya hace varios años.

El trabajo que presentamos en esta publicación ha sido elaborado a partir de la conversación que mantuvimos en marzo del año 2004 con la señora Josefina Oscátegui Córdova⁸. Aquella vez la visitamos en su

casa de Canto Grande –Distrito de San Juan de Lurigancho (Lima)– dónde radicaba hace varios años. La conversación giró en torno a diferentes momentos de su vida: su niñez, matrimonio, su familia, la resistencia de los comuneros en Huayllacancha, la bala que le atravesó el pie izquierdo en 1960, entre otros. Evocando el sonido de la tinya durante la herranza nos habló de la marcación de ganado, y nos cantó la canción a la vaca y al carnero. Desde sus palabras y sus silencios pudimos aproximarnos a momentos íntimos, algunos cargados de mucha emoción. Dicha conversación es presentada a los lectores a manera de relatos cortos, con la intención de ofrecerles una lectura ágil y atractiva. Se ha hecho uso de licencias propias del trasvase de registros orales hacia a la escritura, pero se ha cuidado que dicha edición mantenga la

8 Agradezco a la investigadora Kristel Best Urday (compañera de aulas sanmarquinas) con quien en octubre del año 2003 di inicio a la primera etapa de mi investigación en la Comunidad Campesina de Rancas. La llegada a dicha comunidad estuvo mediada por Carlos Gora Oscátegui de la Comuna Koriapampa. Nosotras veníamos de culminar una investigación sostenida desde la historia oral y el testimonio, en la hoy de-

saparecida *Ex Hacienda San Agustín - Asentamiento Humano El Ayllu* en la Provincia Constitucional del Callao (Perú). Durante los viajes a Cerro de Pasco y Rancas, compartí con Kristel el trabajo de campo, las caminatas y conversaciones. De la misma forma las conversaciones en la ciudad de Lima con algunos pobladores ranqueños, como la que mantuvimos con Doña Josefina. Todo esto es invaluable.



frescura y la espontaneidad de la narración surgida en la conversación.

El relato que cierra este libro se titula “Así nomás es mi cuento” y corresponde a la señora Lorenza Córdova Toribio (madre de Doña Josefina), a quién conocimos en Rancas en octubre del año 2003. La conversación fue breve, debido a que Doña Lorenza había perdido considerablemente la capacidad auditiva, en ese momento tenía noventa y tres años de edad. Considero valioso incluir su relato testimonial como parte de la memoria de Doña Josefina, para de modo simbólico –en este libro que las convoca– puedan acompañarse en la partida. La frase que da título al relato de Doña Lorenza es la que ella utilizó para dar por concluida nuestra conversación.

A través de la historia personal de Josefina Oscátegui Córdova nos acercamos a diversos momentos de la vida social y cultural de su comunidad. Nos permite acercarnos también a la situación de la mujer campesina y su relación con los diversos poderes, dentro y fuera de la comunidad.

Gracias a la familia Gora Oscátegui y a la Comuna Koripampa por ser, desde el corazón, el combustible necesario para avivar el fuego de la memoria.

Elizabeth Lino Cornejo
Lima, mayo de 2014





“Cuando me trasladaron a Huariaca mi esposo venía a verme de noche nomás, llegaba a las once. Nosotros hemos estado separados el tiempo que estuve hospitalizada, casi tres años. Mis hijos también venían a visitarme, después se regresaban a Cerro de Pasco rapidito”.

Foto: Josefina Oscátegui Córdova. Hospital de Huariaca (Pasco) 10, de setiembre de 1960.



Josefina Oscátegui Córdova

(1928 - 2014)

Mi papá se murió sacando huaca

Mi papá se llamaba Germán Oscátegui Santiago y mi mamá Lorenza Córdova Toribio, ella tiene 94 años, ya no camina. Mi papá se murió sacando huaca cuando yo tenía tres años; me he criado con mi abuelita; a él solo lo conozco por fotografía. Murió cuando era muchacho nomás, tenía veinticuatro años. Dice que estaba abriendo base para construir la casa de su papá, la base tiene que ser profunda; cuando estaba excavando consiguió dos botijas: una blanca y otra de oro. Me han contado que se murió botando sangre, rápido, ese mismo día nomás. Las botijas que encontró mi papá

se las quedó mi abuelito. Millonario ha sido él, dicen que tiene varias casas. Yo no quiero nada, no me he criado con él. Ni siquiera me reconoció, solamente me dijo: “Toma, llévate la foto de tu papá ¿para qué voy a tenerlo yo? Ya no existe”. Me regaló la foto y nada más. Ni mi abuelito, ni mi abuelita me han dado un centavo. Ahora que murió, cargado su plata se habrá ido.

Cuando nací mi mamá todavía no estaba conviviendo con él, era soltera. Estando como enamorados me han tenido a mí. Después ya ella tuvo otro compromiso con un señor Flores, de ahí son mis dos hermanos Raúl y César. Así me he criado.

Mi deseo era ser profesora

Soy de Rancas, nací el año 1928 y tengo primaria completa. Lo que sé es gracias a mi tío, hermano de mi mamá, él me puso a la escuela. Sé leer un poco y escribir, nada más. Si hubiera vivido mi papá quizá hubiera sido diferente; yo quería ser profesora, ese era mi deseo. Como no me ha acompañado la suerte me he quedado ahí para criar hijos nomás.

Estudí en la escuela “Simón Bolívar de Rancas”. Mi profesora era una señora madura que se llamaba Elisa Villanueva, ella era bien recta. Antes los profesores eran rectos, te daban con palma de mano, con cinco puntas. No te dejaban mascar chicle, no te dejaban jugar ¡Nada! Ahora se juegan con los profesores, hasta se enamoran. Yo veo pues. Mis compañeros con los que estudié ya están medio muriéndose también. Anselmo Santiago era mi compañero, Vicenta Suarez también era mi compañera.

Por el talón me entró la bala

La tragedia de Huayllacancha fue en 1960. Nos hemos reunido en el pueblo todos los comuneros porque ya no había cómo vivir. Teníamos nuestros animalitos y les habían puesto rompepata. Todo para ellos se lo habían asegurado. Nuestros animales querían pasar a su sitio y se rompían la pata; las vacas, los caballos, los carneros. Ya no había dónde tenerlos y por esa razón nos hemos reunido, para poder entrar a nuestros terrenos a recuperarlos. El primero de mayo vinieron policías bien armados a las seis de la tarde, a varias personas hirieron con su revólver, después se fueron. El día dos de mayo llegó a las ocho de la mañana un grupo de policías bien armados, ahí estaba Carranza, su jefe. Se enfrentaron con el profesor Amancio Rivera Rojas, en ese entonces el muchacho Marcelino Gora Robles tenía catorce años y en defensa de su profesor se enfrentó con una piedra. Al muchacho le dispararon y lo dejaron muer-



to⁹, en eso ya la gente embraveció, todos nosotros. Teníamos honda y palo, nada más; ellos tenían sus armas. Estaban bien armados hasta los dientes, con caballos; nosotros nos defendíamos como podíamos. Empezaron a disparar a Alfonso Rivera Rojas, a Silveria Tufino Herrera, después a Teófilo Huamán Travesaño, a Vicenta Suarez, a mí y a varias personas. Había heridos con una bala, golpeados, maltratados un montón.

Después entraron a la choza y la quemaron. Había comida ahí adentro, nosotros cocinábamos en la choza, toda esa comida la botaron; el resto se lo comieron. Se llevaron todas las frazadas. Nosotros seguíamos defendiéndonos, y así nos han recogido del campo. Por el talón me entró la bala, entonces se voló el zapato, la sangre salpicaba como chisguete. En ese momento yo estaba gestando a mi hija, tenía siete meses de embarazo.

9 Marcelino Gora Robles, denominado por esta acción en defensa de su profesor frente a los efectivos policiales “Niño héroe”, vive hasta el día de hoy. Es posible que el recuerdo de Doña Josefina anote la inercia en la que quedó el cuerpo del niño a consecuencia de la bala recibida.

“Esta mujer está preñada, está perdiendo sangre”, diciendo, un policía me amarró con gasas que sacó de su maletín. Ya habían botado a toda la gente. Mi hermano Raúl Flores Córdova estaba con su caballo avisando a todos los paisanos, cuando tocó la corneta se fueron a matarlo, él se escapó.

A todos nos llevaron al hospital. A la finada Silveria Tufino la cargaron en un caballo, la han amarrado con soguilla porque botaba excremento por la boca, no paraba. La bala le había pasado por el vientre. A Teófilo Huamán -muerto también- lo cargaron en un caballo envuelto en una frazada; arrojándolo lo cargaron a Paria y de ahí ya lo llevaron a Cerro de Pasco. Mis paisanos lo recogieron.



Mi esposo Gabriel¹⁰

Mi esposo ha escapado encajonado, lo buscaban para matarlo; eso salió publicado en el periódico. Cuando mi esposo no llegaba yo me desesperaba, lloraba día y noche. Pensaba que no lo volvería a ver, que lo habían matado.

¹⁰ Gabriel Gora Ayala (1926-2002), por la constante preocupación sobre su comunidad, llegó a conocer ampliamente a cerca de temas legales. Ávido lector de periódicos y militante del APRA. Trabajó entre los años 1950 y 1952 como sobrestante (ayudante de oficina) en la empresa Cerro de Pasco Copper Corporation. Trabajó como caporal (supervisor de campo) en la hacienda Pacoyán de Lercari Hermanos entre los años 1953-1960. Fue personero de la comunidad de Rancas entre los años 1959 y 1962. Fue alcalde del Distrito de Simón Bolívar en dos periodos: 1966-1969 y 1983-1986. Fue también, fundador de la Central de Cooperativas Agrarias y Comunales de Pasco y de la Cooperativa Comunal San Antonio de Rancas Ltda. N° 289. Asumió los cargos de presidente y Juez de Paz de la comunidad de Rancas. En su condición de comunero cumplió todas las actividades obligatorias, entre estas la mayordomía para la fiesta de San Antonio de Padua. Como hombre de campo y ganadero, entre los años 1962 y 1986 aproximadamente, se dedicó al negocio de compra y venta de ovinos y vacunos; así como a la crianza de sus animales en sus estancias Huangor y Puchgay.

Lo buscaban como aguja, lo querían agarrar para desaparecerlo. Lo hostigaban diciendo: “Vamos a matar a Gora, porque él está ahí de cabecilla”. Él era personero, ese era su cargo; él pensaba bastante, sabía de leyes. Lo buscaban en todos los paraderos, lo esperaba tanto la policía como el prefecto. Mi esposo llegaba a la casa a los quince días, al mes y de noche. Así ha sido su vida.

Viajaba a Lima para hacer los trámites, pero no iba por la carretera sino por el campo. Tomando un carro, otro carro; en un cajón dentro de la bodega. Para tomar el carro iba con bicicleta, su hermano lo ayudaba. Él nos ha ordenado para entrar a nuestros terrenos porque era dirigente. De la cabeza venía la orden para ir a nuestro terreno a recuperarlo, por eso era buscado. Teníamos derecho a recuperar lo que era de nosotros, ellos se habían apropiado de nuestra tierra. Al pueblo llegaban a poner rompepatas, ¿dónde íbamos tener a nuestros animalitos? Los animales se rompían su pata buscando pasto, ni carro pasaba. Por eso es que ha habido recuperación de tierras, han perdido su vida, hemos per-



dido nuestro cuerpo. Yo he perdido mi pie, y ahora sufro por eso.

Todos los comuneros hemos ido, ahí hemos estado día y noche en el campo. Dejando a mis hijos he ido. Yo no estaba en el pueblo de Rancas, vivíamos en Pacoyán; ahí trabajaba mi esposo. El era administrador de la hacienda Pacoyán, esa hacienda era de los Lercari¹¹. En aquellos tiempos las esposas hemos sido obedientes, como al papá se tenía que obedecer al esposo. Yo tenía mi negocio, y ese día justo me tocaba pago, pura mercadería tenía para vender. “Después tengo que cobrar”, le digo; entonces mi esposo me dice: “¡si no quieres ir quédate!” Se fue llevándose a todos mis hijos, yo sola me he quedado; ya después del almuerzo tardecito he bajado. Pacoyán está lejos de Rancas, caminando como cuatro horas. Yo fui llorando, con flojera he ido, no

¹¹ De acuerdo a la información aportada por un familiar sobre este tema, Gabriel Gora Ayala trabajaba como supervisor de campo (caporal) para la hacienda Lercari Hnos. Por este motivo la familia se encontraba viviendo en ese momento en dicho lugar.

quería ir. Llegué a Rancas y en la noche empezó la reunión. Ahí hemos conversado muchas cosas, cómo vamos a hacer, cómo vamos a entrar, cómo vamos a actuar, todo. Así pues he ido, a propósito me he ido; mi esposo me ha exigido y ahora estoy así.

En el hospital americano

A mí me dejaron en el enemigo, en el Hospital Americano. Ese era el hospital de la compañía¹², de los gringos. No había más hospitales para que nos dejaran a nosotras dos, a Vicenta Suárez y a mí. ¡Ay, yo he nacido para sufrir! ¡Allí no nos daban ni calmante! Nos daban una cápsula llena de azúcar blanca y nosotras toma que toma, pero nada de calmar. Nos ponían inyección de agua. A mí se me han reventado las nalgas, se infectaron. Así he estado siete meses en ese hospital, eso fue como una venganza.

¹² El Hospital Americano era de propiedad de la Cerro de Pasco Corporation. Allí fue trasladada Josefina Oscátegui luego de la represión en Huayllacancha.



Yo soy valiente, hasta ahora puedo ser valiente si pudiera caminar. Le dije: “doctor, quiero que me sane”. “¡Ah! ¿Tú quieres sanar para que de nuevo vayas a luchar a Huayllacancha?” “¡Sí doctor yo quiero ir!” le dije. “¡Ah, todavía eres valiente!” Me sacudía mi pie fracturado y pasado de bala, yo gritaba. ¿Dónde estará ese sinvergüenza?, se llamaba García, me han dicho que se fue a Marcona, pero no sé. Yo maldigo bastante a ese doctor salvaje.

“¿Y cuándo caminan, pues? ¡Levántense, vayan pues de nuevo!” Esas eran las palabras de García y por gusto venía a mover nuestro pie que estaba fracturado. Todo el hueso se había abollado, si la bala se hubiera quedado ahí nomás no lo hubiera perforado. Mi talón se quedó vacío, ahí me ponían gasa, algodón, alcohol. Con pinza me sacaban del pie unos cascaroncitos. Yo gritaba, lloraba. Por gusto tomaba ese calmante que no era calmante y nada de pasar el dolor. Cuando descubrimos que en la cápsula que nos daban ponían azúcar nos hemos quejado al sindicato, ellos ve-

nían a vernos. Les hicimos ver el azúcar con su cápsula y se lo entregamos. El señor gritó a todas las enfermeras, al doctor. Varios del sindicato venían, uno de ellos creo que se llamaba Yanayacu.

Después de siete meses mi tío Ignacio Córdova –el hermano de mi mamá– hizo una gestión para trasladarme, él era juez. Venía a visitarme, yo estaba hueso y pellejos con mis piernas colgadas; entonces le dije: “¿qué quieren?, yo ya estoy enferma, ya no puedo. ¿Con visitarme qué sacan?, ¿no hay otro médico?, ¿otro hospital para que me trasladen?”. Ahí nos trataban mal. Entonces mi tío gestionó nuestro cambio a Huariaca¹³ y lo aceptaron. Vinieron a recogernos a las dos, a Vicenta y a mí; pero ese doctor García negó que nosotras existíamos en ese hospital, “acá no existe tragedia de Rancas, de dos de mayo”. Por tercera vez vinieron a buscarnos, el doctor García –no se puede decir doctor a esa basura– se

13 El distrito de Huariaca se encuentra en la misma provincia de Pasco, pero en una zona de clima templado a una altitud de 2868 m.s.n.m.





“Mi papá se murió sacando huaca cuando yo tenía tres años, me he criado con mi abuelita; a él sólo lo conozco por fotografía”.

Foto: Germán Oscátegui Santiago



había ido a su residencia en Bellavista¹⁴, entonces vino la señorita enfermera y me dice: “¿señora, puedes irte a Huariaca?” “Sí, señorita, ¿por qué no?”, le digo. “El doctor García se ha ido a su residencia, aprovechen y váyanse. Por tercera vez vienen a recogerlas a ustedes pero él las ha negado. Si quieres levántate, yo le paso la voz para que traigan la camilla. Ya ha llegado la ambulancia de Huariaca”.

Yo arrastrándome digo: “me voy”. Tenía mis cositas de los siete meses que había estado ahí, echada no más trabajaba llorando y llorando. Tenía mi radio pequeño, solo me he llevado eso. A mi amiga le digo: “¡vámonos, Vice!” “No, yo ya estoy operada, me voy quedar”, me dice. “¡Ah, entonces quédate, mamita, yo estoy sufriendo mucho!” Cuando

¹⁴ Bellavista es el lugar donde la Cerro de Pasco Corporation había construido viviendas a manera de chalets para los trabajadores de su *staff*, entre ellos los médicos. Las viviendas se encontraban en las cercanías del hospital, dentro del mismo complejo habitacional. La empresa minera que opera el día de hoy en la ciudad de Cerro de Pasco sigue utilizando estas viviendas para sus ingenieros y administradores.

ya estaba en la ambulancia apareció Vicenta: “yo también quiero ir”, y nos hemos ido las dos a Huariaca. A ella le operaron la rodilla, tenía una fractura, le han puesto clavos con cabeza. Ella no dobla la rodilla por esa razón, su pierna se ha quedado tiesa pero camina. Vicenta es como mi hermana, mi amiga de dolor.

Cuando me trasladaron a Huariaca mi esposo venía a verme de noche nomás, llegaba a las once. Nosotros hemos estado separados el tiempo que estuve hospitalizada, casi tres años. Mis hijos también venían a visitarme, después se regresaban a Cerro de Pasco rápido. Yo le decía al doctor: “tengo un montón de hijos, doctor, quiero verlos”. Mis hijos venían de día en el horario de visita y mi esposo de noche. En Huariaca los doctores eran bellas personas.

Mi hija nació sanita

El esposo de la prima de Vicenta trabajaba en la sala de operación, él nos dijo: “a ustedes



quieren verlas muertas”. El doctor García había dicho: “ahora que está en estado voy a ponerle anestesia para que no reaccione”. “Para ti está hablando señora”, me dijo. Entonces yo ya estaba prevenida. Mi dolor me vino en la mañanita, no le conté nada a Vicenta. Ella me preguntaba: “¿estás mal?” “No, no; cállate”, le decía yo. Me tapé con la frazada, con ese mismo dolor he pasado todo el día. A las seis y media cuando está cerrando la noche no sé cómo me destapó la enfermera, “¿señora, estás mal?” “No, señorita, yo estoy bien”. Me agarra mi cabeza, “estás con fiebre”, me dice. “No, yo estoy bien, señorita”, le respondo. Trajo una camilla y me hizo correr a la sala de operación, ahí estaba el doctor García con su uniforme verde. Vacío bastantes instrumentos en una mesa. “¿Por qué no me has avisado?”, me pregunta. Entonces me dice que me va a poner anestesia. Con el miedo de lo que me había avisado el otro señor yo he pujado, y mi bebe ha nacido. Después el doctor dijo: “aquí ya salió una rabona más”, diciendo eso a mi hija la ha agarró del pie y la entregó a la

enfermera. Eso me han hecho a mí, yo cuanto desprecio he pasado en ese hospital.

A pesar de todo, mi hija nació sanita, pero ahí la he tenido un mes nomás. Yo no tenía leche, solo la tenía con biberón. Pero no me querían dar a mi bebe, no me querían entregar para que lactara, siquiera un poco, lo que había. Un familiar trabajaba de técnico; ella escondida me la traía de noche para lactar, a las dos de la madrugada. Un día García me encontró cuando la estoy teniendo en mi seno: “¡ah!, eso es prohibido, acá no se puede tener a la bebe. Tiene que estar en su cuna”. “Estoy dando su leche pues, señor”, y me quita a mi hija. Mi familia me la traía un momentito nomás para verla, por esa razón se la llevaron a mi casa, la sacó mi mamá; sino yo hubiera pasado al hospital de Huariaca con ella. En ese hospital he estado feliz, ahí sí me han atendido bien. Ahí había una señora con su bebe, cada vez que la veía yo me recordaba de mi hijita y lloraba. Un día le pregunto al doctor: “yo tengo un bebe, en el Hospital Americano me he enfermado, he dado a luz ahí, ¿la puedo traer?”. Pero el doctor me dijo



que ya no se podía, “si usted hubiera venido con su bebe, acá lo hubieras tenido, te hubieran ayudado, pero ahora ya no se puede”. Por eso la he dejado a mi bebe. En Huariaca he estado internada dos años y cuatro meses.

Yo pensaba que iba a sanar

En Huariaca me hicieron injerto en el pie, me sacaron hueso de la cadera y me pusieron piel al talón; con eso he caminando después de dos años y cuatro meses. Un tiempo he estado bien todavía pero ya no era como antes, a mi pie lo sentía pesado, raro lo sentía. Hasta que reventó, por donde me injertaron se infectó y empezó a salir pus. Por distintas clínicas he andado, me han intervenido por allá y por acá pero no me he sanado. El doctor ya había marcado por donde me iba a cortar y yo le dije que no me iba a dejar amputar. Yo no quería perder mi pie. Las heridas se me iban por los dedos, era bien doloroso y con anestesia nomás me curaban. Último ya me dijeron: “¿quieres que se pudra tu dedo?, ¿que te entre gangrena? Este pie ya no te sirve para nada,

mejor te amputamos. Con la prótesis en tres meses o seis meses ya vas a caminar”. Mentira, no puedo caminar. Ni en sueños pensaba que me iba a pasar esto, de Huayllacancha yo pensé volver sana.

Mis hijos son buenos

Tengo nueve hijos, Pedro es el mayor, luego Alicia, tercero Yolanda, cuarto Amanda, quinto Nelly, sexto Jushi, séptimo Gustavo, octavo Margó y el último mi hijo Carlos. En realidad he tenido doce hijos, tres se murieron. Uno de un mes, otro de veinte días, y uno ya grande, se llamaba Renato y le dio neumonía. Bastantes hijos he tenido.

Quando pasó la tragedia de Huayllacancha yo tenía cinco hijos, mis hijos han quedado amontonados como pollitos. Mi hija mayor Alicia, de doce años cuidaba a sus hermanos; mi mamá la guiaba. He sufrido bastante, ya no pensaba verlos.



En Rancas criábamos a nuestros hijos en la espalda, nada de empleada ni ayudante. Por eso el doctor de mí se admiraba:

-¿Cuántos hijos tienes?

-Nueve, doctor -yo como sonsa le aviso.

-¿Cómo has tenido tantos hijos?

-Teniendo pues doctor.

-¿Con empleada?

-¡Qué empleada, ni nada, doctor! En Lima usan empleadas nosotros allá trabajamos cargando a nuestro hijo ¡qué empleada vamos a tener!

-¿Así trabajan con tantos hijos? -me decía sorprendido.

-Sí, doctor.

Cuando nació mi primer hijo yo tenía diecisiete años. Mis hijos son buenos, doy gracias. Me quieren bastante y yo los quiero.

Mi matrimonio fue con un padre descalzo

Muchacha nomás me he casado, con mi esposo éramos vecinos, ahí nos hemos enamorado. Él era mayor que yo por dos añitos. Me casé pero ni siquiera de pompa, ni de lujo, nada. Mi matrimonio fue con un padre descalzo, con un montón de gente, era masivo. Me casé con la ropa de mi suegra, con su pollera; mi madrina Liberata Robles me prestó su anillo y después del matrimonio se lo devolví. Eso era matrimonio en aquellos tiempos. Ya después todavía nos hemos mandado a preparar nuestros anillos con esa fecha. El padre descalzo llegó de Ocopa, esos padres descalzos andaban recogiendo obsequio de carneros para los huérfanos, para la iglesia; ahí nos hemos casado sin nada de preparativos, nada.

Dice que antes sus padres los hacían casar a la mala, colgando en una soga. A los chicos, a las chicas también. Así los casaban, algunos formaban su hogar; otros se iban, se





“Dice que antes sus padres los hacían casar a la mala, colgando en una sogá. A los chicos, a las chicas también. Así los casaban, algunos formaban su hogar; otros se iban, se escapaban. Así hacían los antiguos. Nosotros nos hemos enamorado ¿Para qué voy a negar lo que es la verdad?”

Foto: Gabriel Gora Ayala y Josefina Oscátegui Córdova. Rancas-Pasco. Circa 1985.



escapaban. Así hacían los antiguos. Nosotros hemos enamorado, ¿para qué voy a negar lo que es la verdad?

Me casé en el pueblo, en Rancas. La iglesia existía pero no había municipalidad, se tenía que ir a Cerro de Pasco todavía. Ese problema he tenido también cuando se murió mi esposo, me pidieron partida de matrimonio, de nacimiento y no sabía dónde estaba. Mis hijos me decían: “¿te has casado o no, mamá?, recuérdate”. “Sí, me he casado en masivo”. Han ido a Cerro de Pasco y ahí en la municipalidad han encontrado la partida. Ahora sí todo se hace en Rancas mismo.

Los gringos

Los gringos han sido interesados, por eso han venido a nuestro pueblo a quitarnos nuestras tierras. Han estado ahí varios años, por eso se han apropiado de todo. Todo era para ellos, nosotros estábamos arrimados. Ellos tenían bastantes carneros finos, reses de buena calidad. Pero después de la tragedia se han

escapado con todo su animal. ¿A dónde habrán ido?, ¿a dónde se habrán llevado tantos animales que tenían? No han regresado. Después de Rancas igualito hubo tragedia en Yanahuanca, también por sus tierras. Ahí hay más muertos, seis han sido¹⁵.

La herranza

En la herranza se les canta a los animalitos, se pone cinta a las vacas, a los carneros. Se vela toda la noche para cintar el domingo. Pasamos la noche cortando las cintas, fumando cigarro, mascando coca, chupando. Se vela las cintas para los animales, para que no sean bravas las vacas; a veces se ponen bravas. Al animal se le amarra su manzanita en sus cachetes, con agujita, con cinta. Se le marca también con una marca caliente para reconocerlo cuando se pierde, para saber el

15 Doña Josefina se refiere a la muerte de seis comuneros de Yanahuanca en la Provincia de Daniel Alcides Carrión, durante la recuperación de tierras en marzo de 1962.



nombre del dueño. Yo cantaba en mi campo a mis animalitos.

Canto a la vaca

Yangay diam ninquichu
lunes carnaval niñapa dianta
roscay huagra niñapa santunta
canam diam dianga
lunes carnaval dianga

Maylash taylash querencian
Pachamachaylash querencian
maylas taylash majadan,
yanarumilash majadan

Osgochayla shamuptin
quiquilanmi muyuramun
pucutayla shamuptin
quiquilanmi ticraramun

cahuala debela captiqui
chayaylanmar pagaycun
yo soy pagador nishunqui
yo soy deudor nishunqui

Condor muyuy muyushun
huaman ticray ticrashun
shulay senga niñapa dianpa
roscay huagra niñopa santunpa,
canan diam dianga
mana pantay mana gongay

Chumaglapa, ay laceador, ay laceador
chumaglapa laciaycuy
oro aretenta jatipacuy
shulay senga niñapa dianchu¹⁶

16 Lunes, martes, carnaval. Acaso mentira piensas que ese día es el santo de mi vaca, nariz húmeda y su cacho curvado. El lugar donde come se llama Pachamachay y donde duerme Puchgay. Y no te olvides que cada año es su santo de mi vaca. Cuando viene la neblina vuelve sola a la majada y en la granizada también. Ay señor laceador, lacea con cuidado, porque es el cumpleaños de mi vaca, hay que ponerle su arete de oro. Hay que bailar dando la vuelta como el cóndor y los gallinazos. Tinyando y bailando, y cuando estoy en deuda ellos me dicen yo soy tu fiador. Y ellos solos pagan la deuda, y por eso nosotros, cantamos, bailamos cada año por ser el santo de nuestras vacas. Traducción: Pedro Gora Oscátegui.



Sueño con mis puquios

Cerca a mi casa había un puquio, mi abuelita me hacía acarrear agua a las cuatro de la mañana; “sin llegar sol”, decía. Lavando el barril, con una lámpara en mi pecho me hacía acarrear tempranito el agua. Nosotros contentos llevábamos agua limpia, ese puquio no se secaba nunca. En Rancas hay bastante manantial, de ahí viene el agua. Esos manantiales están por Huancacala¹⁷, por Matacorral¹⁸, por Calzada¹⁹, de ahí están jalado el agua.

Siempre sueño con mis puquios. Sueño que estoy andando, que estoy mirando, que estoy sacando agua. Pero ahora último dice que lo han secado, ya no existe. Me da pena. Desde mi infancia había estado allí.

17 Estancia de Rancas.

18 *Ibidem*.

19 *Ibidem*.





“Cuando pasó la tragedia de Huayllacancha yo tenía cinco hijos, mis hijos han quedado amontonados como pollitos. Mi hija mayor Alicia, de doce años cuidaba a sus hermanos; mi mamá la guiaba. He sufrido bastante, ya no pensaba verlos”.

Foto: Familia Gora Oscátegui. Sentados de izquierda a derecha: Lorenza Córdova Toribio, Josefina Oscátegui Córdova, Gabriel Gora Ayala. San Juan de Lurigancho-Lima. Circa 1990.



Así nomás es mi cuento

Lorenza Córdova Toribio²⁰

Mi papá trabajó en la compañía, en la Railway²¹. Ahí trabajaba bastante gente, ahora ya no hay; unos cuantos nomás trabajan. Yo me quedaba en la casa con mi mamá, ella me enseñó a *puchkar*²² a los doce años, me enseñó también a tejer medias, a tejer gorro. Nosotros hemos sido dos nomás, mi hermano ya se ha muerto; ahora yo sola soy. Yo he nacido en Rancas, ahora tengo noventa y tres años, ya demasiado.

20 Lorenza Córdova Toribio es la madre de Josefina, en octubre de 2003 conversamos con ella en su casa en la comunidad de Rancas. La conversación fue corta ya que había perdido considerablemente la capacidad auditiva. Aún así nos recibió de buen ánimo y sentido del humor.

21 Ferrocarril de la Cerro de Pasco Corporation.

22 Hilar la lana de carnero una vez escarmenada.

En el campo he estado buen tiempo, cuando estaba mal también iba. Ahora mi campo está con pastor nomás, mi ganado está en la estancia en Pachamachay²³. El año sesenta – que se ha salvado nuestro pasto²⁴– ese año me fui a Huangor²⁵, un año nomás porque allí les pasó gusano a mis animales; por eso me regresé a Pachamachay²⁶. Yo sacaba leche, hacía queso; ahora ya no tengo, todo se ha acabado cuando me he venido. Ladrón se ha llevado seis animales, el zorro también lo ha acabado.

El zorro es colorado, se parece al perro, su rabo nomás es más grande. El zorro se lleva al *pacho*²⁷. ¡Uh!, para agarrar pacho está bueno, eso nomás le gusta. De día también cuando estás pastando como perro revolcándose nomás entra. ¡Es mi pacho! ¡Usha!, ¡fuera!, ahí nomás lo agarra, poniéndose en su encima se lo lleva, cargando se lleva al pacho; su casa es

23 Estancia de Rancas.

24 Se refiere a la recuperación de tierras del año 1960.

25 Estancia de Rancas.

26 *Ibíd.*

27 Oveja.



en las peñas. A mí no me da miedo. ¿Por qué le vamos a tener miedo? No entra por tu lado, en el piso nomás anda ese. Directo se va en el ganado, como perro revolcando, revolcando; ahí agarra al pacho y se va volando.

El año sesenta hemos estado en Huayllacancha, peleando con los gringos por pasto, por el terreno. Tres han muerto, doña Silveria Tufino y dos hombres, Rivera y Huamán. Todos nosotros hemos estado allí. Nosotros peleábamos con nuestra honda, con nuestra piedra nomás, pero ellos con arma. A mí con escopeta me han golpeado, he estado cinco días hospitalizada. El hospital se ha llenado de gente. Ahí se ha malogrado su pie mi hija Josefina, ella ha estado en el hospital tres años. Yo nomás estaba con sus hijos, seis hijos. Así nomás es mi cuento.



Josefina, la mujer en la lucha por la tierra
se terminó de imprimir en julio de 2014,
en los talleres gráficos de Litho & Arte S.A.C.
Jr. Iquique 046, Breña
2000 ejemplares



Elizabeth Lino Cornejo
(Cerro de Pasco, Perú)

Investigadora interesada en temas de memoria histórica, oralidad e identidad cultural. Con formación en antropología, literatura y teatro. Ha publicado *Turmania en la ciudad invisible* (finalista del concurso de cuento ICPNA- 2008), *Nuestros abuelos nos han dicho* (Primera mención al mérito artístico en la primera Bienal Intercontinental de Arte Indígena Inti Ñan - Ecuador 2006). Es coautora del libro *Oía mentar la Hacienda San Agustín* (Premio Andrés Bello de Memoria y Pensamiento Iberoamericano 2006).

Este libro recupera una historia mínima que sin embargo consigue expandirse por las preguntas que desata y por los silencios inscritos en ella. Leer el testimonio de Josefina Oscátegui implica observar cómo la historia del poder y de la hegemonía es vivida por los más pobres. Hoy nadie quiere recordar las viejas luchas campesinas. Hoy nadie quiere hablar de justicia social. Hoy la palabra "desarrollo" ha colonizado nuestros horizontes de sentido. Pero relatos como este apuntan a continuar dando cuenta de hechos que desconocíamos y a mostrar todo eso que quiebra sin piedad a la historia oficial.

Víctor Vich



*Colectivo
Memoria Crítica*

